



Introducción a la semana

El día **25 de Diciembre de 2017** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).

Mar
26
Dic
2017

Evangelio del día

Octava de Navidad

Hoy celebramos: San Esteban (26 de Diciembre)

“El Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 6,8-10; 7,54-60

En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo. Unos cuantos de la sinagoga llamada de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; pero no lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba. Oyendo estas palabras, se recomían por dentro y rechinaban los dientes de rabia. Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijó la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo: «Veo el cielo abierto y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios.»

Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos; y, como un solo hombre, se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los testigos, dejando sus capas a los pies de un joven llamado Saulo, se pusieron también a apedrear a Esteban, que repetía esta invocación: «Señor Jesús, recibe mi espíritu.»

Luego, cayendo de rodillas, lanzó un grito: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado.»

Y, con estas palabras, expiró.

Salmo

Sal 30,3cd-4.6 y Sab 16bc-17 R/. A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu

Sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,
tú que eres mi roca y mi baluarte;
por tu nombre dirígeme y guíame. R/.

A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás.
Tu misericordia sea mi gozo y mi alegría.
Te has fijado en mi aflicción. R/.

Librame de los enemigos que me persiguen;
haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu misericordia. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 10,17-22

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: «No os fiéis de la gente, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer ante gobernadores y reyes, por mi causa; así daréis testimonio ante ellos y ante los gentiles. Cuando os arresten, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en su momento se os sugerirá lo que tenéis que decir; no seréis vosotros los que habléis, el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros. Los hermanos entregarán a sus hermanos para que los maten, los padres

a los hijos; se rebelarán los hijos contra sus padres, y los matarán. Todos os odiarán por mi nombre; el que perseverare hasta el final se salvará.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Esta fiesta del martirio de San Esteban, situado al día siguiente de la celebración de la solemnidad del Nacimiento del Señor, ha merecido a lo largo de la historia muchos comentarios de autores sagrados, que buscaban la coherencia entre el nacer de Jesús y ofrecer la vida por proclamar su presencia al lado de Dios Padre en el cielo. Nacimiento a dos vidas distintas, la del cielo depende de la de la tierra.

Su muerte la entiende san Esteban, según el relato de la primera lectura, de los Hechos de los Apóstoles, como la entrega de su espíritu al "Señor Jesús". Un cambio de modo de existir. Y también de compañeros de vida: ya no serán los que acaban con su vida mortal, sino los que le ofrecen la vida definitiva. Pero antes de morir se acordará de aquéllos y ruega, como hizo Jesús en la cruz, que Dios no tenga en cuenta lo que han hecho. Es lo propio del mártir cristiano morir perdonando. San Esteban es el primero en el que se cumple lo que Jesús había anunciado a sus apóstoles, según leemos en el texto evangélico.

La vida de sus seguidores no iba a ser fácil: incomprendidos por los suyos, perseguidos, ni siquiera su vida respetarán. Los discípulos han de vivir sabiendo a qué se exponen. A pesar de ellos son testigos de la vida y la palabra de Jesús. Es decir son mártires. Por serlo, por ser testigos le quitan la vida. Mártir es no quien por su fe le quitan la vida sino que por ser mártir, es decir, testigo, le quitan la vida. Quitar la vida no es motivo para alegrarse, donde hay verdugos no hay motivo para la alegría, es siempre una mancha en la historia de la humanidad: ¡Ojalá no se matará a nadie por profesar su fe!

Lo que celebramos es el compromiso de San Esteban de ser testigo de Jesús, incluso aunque le costara la vida. Celebramos la fidelidad de san Esteban a la gracia de la fe recibida, cueste lo que cueste, incluso la muerte. Algo que es muy digno de ser celebrado e imitado.



Fray Juan José de León Lastra
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

San Esteban

El nombre de Esteban significa «corona». El relato de su vida y de su muerte nos muestra hasta qué punto el nombre correspondía por esta vez a la grandeza heroica del personaje. Esteban pertenece a la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén. Tal vez hubiera pasado inadvertido si no hubiera entrado en escena con motivo de un malestar que un día estalló en protestas.

Seguramente había transcurrido todavía muy poco tiempo desde la muerte de Jesús. De hecho, a pesar del mandato explícito del Maestro, todavía no se habían dispersado los doce. La comunidad no era muy grande, pero era ya lo suficientemente numerosa para generar algunos serios motivos de disgusto. El caso es que al multiplicarse los discípulos de Jesús, surgieron algunas quejas entre los grupos de cristianos procedentes del helenismo contra los cristianos de cultura hebrea. Aquéllos alegaban que sus viudas eran desatendidas en la asistencia cotidiana.

Elección y vocación

Así pues, los doce decidieron convocar la asamblea de los discípulos para ver la posibilidad de corregir los abusos. La primera medida adoptada consistió en una distribución de funciones que sin duda se hacía ya esperar. Así pues, los apóstoles dijeron:

«No parece bien que nosotros abandonemos la Palabra de Dios por servir a las mesas. Por tanto, hermanos, buscad de entre vosotros a siete hombres, de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría, y los pondremos al frente de este cargo; mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra, (Hch 6, 2-4).

Aquella propuesta pareció razonable a toda la asamblea y escogieron entre los miembros de la comunidad a siete varones de probada virtud. En primer lugar es mencionado Esteban, del que se dice que era «hombre lleno de fe y de Espíritu Santo». Junto a él aparecen Felipe, Prócoro y Nicanor, así como Timón, Pármenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. Una antigua tradición ha vinculado a aquellos elegidos con los primeros 'diáconos' o servidores de la comunidad.

De todos ellos se requería una honestidad reconocida públicamente por todos. Como se puede observar por sus nombres, todos ellos pertenecían al ámbito de la cultura helenista. Ya sólo con esta elección, la comunidad cristiana daba prueba de una cierta apertura a la universalidad. Así pues, los elegidos por la comunidad fueron presentados a los apóstoles y, éstos, habiendo hecho oración, les impusieron las manos. Ese gesto habría de permanecer en la Iglesia como signo de la transmisión de una misión. Aquellas primeras «vocaciones» habían sido suscitadas a la vista de necesidades muy concretas y pasaban por la mediación de la elección de la comunidad. Parece que de ellos se esperaba un correcto servicio para hacer frente a las necesidades de los menos favorecidos, pero también una cierta dedicación a la «palabra».

De pronto, el relato atrae nuestra atención sobre uno de aquellos varones elegidos: Esteban. A lo largo del texto se alude a cuatro tipos de plenitud que adornan su persona. Una de las condiciones que han de acompañar a los elegidos por la comunidad es que estén «llenos de Espíritu y de sabiduría» (Hch 6, 3). Entre ellos se nos presenta a Esteban como un varón «lleno de fe y de Espíritu Santo» (Hch 6, 5), un elogio que no se atribuye a ningún otro de los elegidos. Poco más adelante, se presenta a Esteban como «lleno de gracia y de poder, cualidades carismáticas que lo capacitan para realizar entre el pueblo grandes prodigios y señales (Hch 6, 8). Cuando Esteban termina su discurso, en el que ha realizado una lectura creyente de la historia de su pueblo, se nos presenta una vez más ante los ojos como «lleno del Espíritu Santo» (Hch 7, 55). Esa plenitud del Espíritu es la fuente y la razón de su fe, de su gracia y poder y de su sabiduría, cualidades todas que le harán un testigo válido y decidido del Evangelio ante los judíos de Jerusalén.

Misión y proceso

El texto del libro de los Hechos de los Apóstoles aprovecha ese momento para subrayar que «la Palabra de Dios iba creciendo; en Jerusalén se multiplicó considerablemente el número de los discípulos, y multitud de sacerdotes iban aceptando la fe» (Hch 6, 7).

Pero el panorama religioso de la ciudad era más complejo de lo que se pudiera sospechar. En Jerusalén existía por entonces una sinagoga llamada de los Libertos, en la que se reunían judíos procedentes de diversas partes del imperio y, en concreto de las tierras africanas de Cirene y de Alejandría, así como de las colonias de Cilicia -de donde procedía Saulo- y de Asia, que tenía su capital en Éfeso. Los judíos agrupados en esa sinagoga gozaban de un alto nivel de cultura, conocían bien las escrituras y manejaban con soltura la retórica. Seguros de sí mismos se pusieron a disputar con Esteban sobre la Ley de Moisés y su eficacia para la salvación.

Esteban conocía su lengua, pero su discurso brillaba sobre todo por su unción espiritual: efectivamente, a través de sus palabras se manifestaba la sabiduría que procede del Espíritu. Ante ella, los judíos helenistas tendrían que darse por vencidos, pero no estaban dispuestos a admitirlo. Prefirieron silenciarlo por la fuerza. Lo que no habían logrado con razones trataron de conseguirlo con el engaño. Como repitiendo la vieja estratagema que Jezabel había empleado contra Nabot (1R 21, 10-13), sobornaron a falsos testigos para que acusaran a Esteban de crímenes que se condenaban con la muerte. Habían de testificar diciendo: «Nosotros hemos oído a éste pronunciar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios» (Hch 6, 11).

Identificar los propios proyectos con la causa misma de Dios suele dar un resultado infalible. Con ello, los judíos helenistas lograron amotinar al pueblo, a los ancianos y a los escribas y, en medio del tumulto, prendieron a Esteban y le condujeron al Sanedrín. Curiosamente, las acusaciones que esgrimen contra él recuerdan las que poco antes habían sido presentadas para tratar de justificar la muerte de Jesús. En efecto, presentaron algunos testigos falsos que declararon abiertamente:

Este hombre no para de hablar en contra del Lugar Santo y de la Ley; pues le hemos oído decir que Jesús, ese Nazareno, destruiría este Lugar y cambiaría las costumbres que Moisés nos ha transmitido» (Hch 7, 13-14).

Como suele ocurrir en toda acusación, algo había de verdad en aquellas palabras, a pesar de que estaban sacadas de todo contexto. Jesús era ya venerado como el nuevo santuario de Dios y su vida y su doctrina se habían convertido en normativas para sus seguidores. La falsedad consistía en entender la primera afirmación como una invitación a destruir el Templo de Jerusalén y en explicar la segunda como si el mismo Jesús no hubiera venido a asumir y dar cumplimiento a la Ley de Moisés.

El redactor del texto no deja de incluir en este punto un inciso admirable: 'Fijando en él la mirada todos los que estaban sentados en el Sanedrín, vieron su rostro como el rostro de un ángel» (Hch 6, 15).

Discurso y testimonio

Los discursos que encontramos en el libro de los Hechos de los Apóstoles han de ser leídos e interpretados teniendo en cuenta ese género literario, tan común en la literatura de su tiempo. El discurso del héroe no refleja exactamente sus palabras, pero constituye una elaborada reflexión sobre el sentido de sus acciones y proyectos. Así ocurre con el discurso que se pone en boca de Esteban.

El proceso propiamente dicho es interesante por ese discurso. Bastó una pregunta del sumo sacerdote para que Esteban, sin detenerse a desmentir aquellas acusaciones que los falsos testigos lanzaban contra él, pasase a trazar a grandes rasgos la historia de Israel.

Ante los oídos del auditorio hace desfilar el recuerdo de los grandes patriarcas: Abrahán, Isaac y Jacob. La evocación de José, vendido por sus hermanos, introduce a los oyentes en el escenario de Egipto y en la memoria de la esclavitud. Después es el turno de Moisés, el libertador incomprendido por su propio pueblo. Tras la revelación de Dios en la zarza ardiente, Moisés es enviado por Dios como jefe y redentor.

Esteban introduce una digresión intencionada para recordar que el pueblo de Israel, peregrino por el desierto, contaba con la Tienda del Testimonio y que sólo Salomón logró construir el Templo, aunque el Altísimo no habita en casas hechas por mano de hombre», como habían dicho los profetas (Hch 7, 48). El mensaje que transmiten estas palabras es fácilmente comprensible. Si el pueblo de Dios había vivido tanto tiempo sin un templo, ¿por qué ahora se escandaliza el Sanedrín de que Dios haya decidido prescindir del Templo de Jerusalén?

De todas formas, el recuerdo de los profetas parece encender el corazón de Esteban y le sirve de puente para acercarse definitivamente a la figura del Mesías Jesús, a la que estaba orientado todo el discurso:

Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! ¡Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo! ¡Como vuestros padres, así vosotros! ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Ellos mataron a los que anunciaban de antemano la venida del Justo, de aquel a quien vosotros ahora habéis traicionado y asesinado; vosotros que recibisteis la Ley por mediación de ángeles y no la habéis guardado» (Hch 7, 51-53).

Así pues, dos fueron los temas tocados por Esteban que encendieron la ira de sus adversarios: el recuerdo de las continuas infidelidades de Israel a su vocación de Pueblo de la Alianza y el papel relativo que él parecía atribuir al Templo de Jerusalén. Todavía faltaba una tercera afirmación que muy pronto iban a escuchar de los labios de Esteban. Y entonces, su suerte estaría definitivamente echada.

Muerte y martirio

Lleno del Espíritu Santo que lo había guiado en su ministerio y había inspirado sus palabras, Esteban miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra de Dios. Se cumplía así la palabra que Jesús había pronunciado también ante el Sanedrín (Mt 26, 64) atribuyéndose la antigua profecía de Daniel sobre el «Hijo del hombre» (Dn 7, 13). Efectivamente, para Esteban se hacían ya realidad las promesas sobre los tiempos escatológicos. El Maestro al que había seguido y del que había dado testimonio se le hacía visible como Señor de la historia: «Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está en pie a la diestra de Dios» (Hch 7, 56).

Ninguna blasfemia era comparable a ésta para el Sanedrín. Ante sus mismos ojos, el hombre de Nazaret, al que habían condenado poco antes como un peligro para la unidad religiosa y para la seguridad social de su pueblo, era proclamado, sin temor a la muerte, como el Mesías prometido. Tal anuncio era una denuncia del antiguo régimen de Israel que ellos se empeñaban en mantener en pie.

La reacción de los oyentes era más que previsible. Al oír esto, sus corazones se consumían de rabia y rechinaban sus dientes contra Esteban. Gritando fuertemente, se taparon sus oídos y se precipitaron todos a una sobre Esteban; le echaron fuera de la ciudad, como habían hecho con Jesús y empezaron a apedrearle (Hch 7, 57-58). También Esteban, como había ocurrido con Jesús, era asesinado a las afueras de la ciudad, al igual que fuera de la ciudad eran quemados los cuerpos de los animales sacrificados en la fiesta de la Expiación. Exiliado de su pueblo, Esteban se convertía en paradigma de los cristianos, que expulsados del campamento, viven como quien no tiene aquí ciudad permanente (cf. Hb 13, 12).

En este momento de la narración, el texto añade que los testigos de aquella ejecución pusieron sus vestidos a los pies del joven Saulo (Hch 7, 58), que aprobaba su muerte (Hch 8, 1).

Mientras le apedreaban, Esteban hacía esta invocación: «Señor Jesús, recibe mi espíritu» (Hch 7, 59). Evidentemente, el texto subraya la similitud de la actitud y de la oración de Esteban con la de Jesús (cf. Lc 23, 46). Ambos culminan su vida con la oración del salmo 31. Pero Esteban dirige su oración al que era para él modelo de toda oración y era ya para los suyos el destinatario de la misma. Después de esto, dobló las rodillas y, repitiendo de nuevo el gesto magnánimo de su Maestro (cf. Lc 23, 24), dijo con fuerte voz: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado». Y diciendo esto, se durmió.

Después de aquel asesinato, unos hombres piadosos sepultaron a Esteban e hicieron gran duelo por él (Hch 8, 2). Debía de ser el año 36 de la era cristiana.

El lugar del martirio ha sido tradicionalmente localizado en el valle del Cedrón, cerca de las murallas orientales de Jerusalén, donde se

alza una pequeña iglesia greco-ortodoxa. Una antigua tradición, que se refiere a una revelación recibida el año 415 por el presbítero Luciano, afirma que sus restos estuvieron sepultados en Gafar Gamala —a unos treinta km. de Jerusalén—. San Agustín se refiere a su reciente descubrimiento y alude a la enorme devoción popular que concitaban.

Posteriormente, sus restos habrían sido devueltos a la Ciudad Santa y colocados en la iglesia edificada en el siglo V por la emperatriz Eudoxia. Sobre el solar de aquella iglesia bizantina, construida al Norte de la ciudad, cerca de la puerta de Damasco, se levanta hoy la iglesia de San Esteban, abrigada por el recinto de la Escuela Bíblica, que fundó el sabio dominico José M.a Lagrange.

José-Román Flecha Andrés

Mié
27
Dic
2017

Evangelio del día

Octava de Navidad

Hoy celebramos: San Juan Evangelista (27 de Diciembre)

“Vio y creyó”

Primera lectura

Comienzo de la primera carta del apóstol san Juan 1,1-4:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos: la Palabra de la vida (pues la vida se hizo visible), nosotros la hemos visto, os damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba con el Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis unidos con nosotros en esa unión que tenemos con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que nuestra alegría sea completa.

Salmo

Sal 96,1-2.5-6.11-12 R/. Alegraos, justos, con el Señor

El Señor reina, la tierra goza,
se alegran las islas innumerables.
Tiniebla y nube lo rodean,
justicia y derecho sostienen su trono. R/.

Los montes se derriten como cera
ante el dueño de toda la tierra;
los cielos pregonan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria. R/.

Amanece la luz para el justo,
y la alegría para los rectos de corazón.
Alegraos, justos, con el Señor,
celebrad su santo nombre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20,2-8

El primer día de la semana, María Magdalena echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.» Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó.

Reflexión del Evangelio de hoy

Conocer y creer en Jesús significa entrar en la vida de Dios

El Evangelio de Juan y sus escritos quieren darnos a conocer el gran Misterio que se ha revelado en Jesús. La celebración de la fiesta de S. Juan Evangelista en estos días de Navidad cobra todo su sentido con el mensaje que Juan trasmite en su evangelio: estad alegres en el Señor. El Señor, Palabra de Dios hecha hombre entre nosotros, el Verbo que desde el principio estaba en Dios, a través del cual todas las realidades fueron creadas, se ha manifestado y ha aparecido entre nosotros. La Navidad es el principio de esta particular y exclusiva manifestación de Dios. La vida de Dios se nos ha dado en Jesús para recrear en nosotros una nueva forma de vida en

comuni3n con el Padre y el Hijo. Una comuni3n que nos hace entrar en la eternidad de Dios. Una comuni3n que nos despega del pecado y de la muerte, y cambia todo el sentido de nuestra vida. Ya no somos hijos del pecado ni estamos bajo la esclavitud de la muerte. Dios nos ha liberado y somos testigos de esperanza en este nuevo mundo. "Os escribo esto para que vuestra alegrfa sea completa", dice Juan, y quiere que seamos transmisores y testigos de esa alegrfa.

La salvaci3n y la paz de Dios llenan de sentido nuestra nueva vida

Juan ha vivido de cerca la manifestaci3n del Verbo. El discipulo a quien Jes3s tanto querfa ha vivido esa encarnaci3n del Verbo de Dios hasta el final. Encantado con sus palabras y sus hechos milagrosos, fiel seguidor de sus avatares y encuentros, ha entendido que Jes3s es la teofanfa de Dios en este mundo, y Juan es uno de sus testigos privilegiados. Asf nos lo expone en este evangelio que leemos hoy. Marfa Magdalena y otras mujeres han acudido al sepulcro y vuelven escandalizadas porque el Se1or ha desaparecido del sepulcro. Acuden a Pedro y Juan para saber del destino del Se1or crucificado y sepultado. Ellos tambi3n quieren ver qu3 pas3 con el cuerpo del Maestro y acuden raudos al sepulcro. El sudario recogido y las vendas esparcidas tienen un significado de fe para ellos. Dios no ha abandonado a Jes3s sino que le ha levantado a su dignidad original. Y allf se activa su fe en el Se1or Mesfas. La Palabra de Dios se hace viva en ellos y empiezan a entender todas las cosas que el Se1or les habfa comunicado. Jes3s es la Palabra de Dios hecha carne que nos da vida eterna a los que creemos en El. Una Palabra que debe propagarse a todas las naciones, porque la salvaci3n de Dios tiene sentido para toda la humanidad. Que Dios se haya encarnado en nuestro mundo como uno de nosotros y haya participado de nuestra existencia cambia la relaci3n de los hombres y su destino. Dios est3 con el hombre y nosotros no podemos estar de espaldas a Dios. En Jes3s la vida del hombre se dignifica hacia una fraternidad universal en Dios, haci3ndonos hijos suyos. Esta es la misi3n que todos los cristianos tenemos: anunciar la buena nueva de la salvaci3n acaecida en Jes3s, en anunciar que la Navidad, la presencia del Se1or en medio de nosotros es un mensaje de esperanza para nuestro mundo. Un mensaje que se traduce en ser hermanos, en descubrir en el pr3jimo la vida de Jes3s, su presencia real en el otro, que nos obliga a amarlo como un hermano. El mundo tiene otra dimensi3n, no caben la discordia, ni el odio, la violencia ni el rencor. Somos hermanos porque somos hijos del mismo Dios, manifestado en el Se1or Jes3s. Asf alabamos al Se1or dando gracias y bendiciendo su gloria y su paz entre los hombres de buena voluntad.

¿Llenamos de significado salvador nuestras navidades acerc3ndonos a los hermanos m3s desvalidos y necesitados?

¿Somos mensajeros de paz, artfices de reconciliaci3n y espejo de esperanza para quienes se aproximan o se cruzan en nuestras vidas?

Que el espfritu de la Navidad, la vida de Dios en nuestro mundo llene de vida tambi3n nuestra propia existencia como hijos elegidos de Dios.



D. Oscar Salazar, O.P.
Fraternidad San Martfn de Porres (Madrid)

San Juan Evangelista

Hermano de Santiago e hijos del Zebedeo. Uno de los tres predilectos de Jesús entre los Doce. En el libro de los Hechos de los Apóstoles aparece siempre junto a Pedro (3-4; 8). Pablo lo considera como una de las tres columnas de la Iglesia: -Santiago, Cefas y Juan, que pasan por ser las columnas (Ga 2, 9), era considerado como el autor del Evangelio que lleva su nombre. De momento lo que mantenemos es que era evangelista. Entre los griegos la palabra designaba al anunciador de oráculos. En el Nuevo Testamento se aplica al anunciador de la Buena Noticia del Evangelio. Se impuso muy pronto en la Iglesia llamar evangelistas a los autores de los Evangelios. La revisión a la que debe ser sometida la palabra en cuestión obedece a que ninguno de los Evangelios ha salido de una única pluma ni de una única vez.

En los cuatro se detectan fácilmente vestigios de composición – distintas fases por las que pasaron antes de llegar al estado adulto en que hoy los poseemos- y un crecimiento progresivo que pone de manifiesto la maduración creciente fe cristiana y su confrontación con el entorno cultural en el que vivían las comunidades cristianas. Los evangelistas son portavoces de la fe de dichas comunidades y, como tales, revisores y adaptadores de la misma frente a las nuevas circunstancias, favorables o adversas, que iban surgiendo. Los evangelios crecieron constantemente hasta el momento de su fijación definitiva por escrito. [...]

[...] Hoy se sigue hablando del Evangelio según San Juan y, consiguientemente, del evangelista Juan. Pero la obra, el cuarto Evangelio, es considerado como un documento teológico en forma de Evangelio que ha sido colocado bajo el patrocinio de San Juan Apóstol. Y San Juan Evangelista es la figura representativa a la que se acude como avalista del documento teológico más valioso del Nuevo Testamento. Mantenemos tanto el nombre como el título que lleva por razones tradicionales.[...]

Testigo de la fe original

[...] El autor del cuarto Evangelio no pertenece ya a la generación apostólica. Juan Evangelista -seguimos reservando este título para el autor del Evangelio- siente la distancia que le separaba del Jesús histórico y reflexiona sobre la misma con mayor intensidad que lo hicieron los sinópticos. Su reflexión se centra en dos momentos trascendentales: en la vida de Jesús y en la época posterior en que él vive. Y no debemos pensar que al evangelista le interesa muy poco el Jesús histórico. Lo que pretende el evangelista es unir o armonizar ambos momentos, de tal manera que el primero -el relativo al Jesús histórico- siga siendo el fundamento del segundo y que éste se desarrolle profundamente, en admirable «inculturación», desde aquél.

El protagonista de su Evangelio es un viviente, ausente corporalmente de la comunidad y, al mismo tiempo, presente en ella y determinante de su vida. Los discursos de Jesús son, más bien, discursos sobre Jesús; las discusiones de Jesús con sus contemporáneos se convierten en las discusiones sobre Jesús, protagonizadas por el cristianismo naciente con el judaísmo que se le había enfrentado de forma violenta. Juan Evangelista se interesa por Jesús no como historiador, sino como cristiano y creyente, como teólogo, teniendo en cuenta la cultura y mentalidad tan distintas de sus nuevos destinatarios a los que había que hablarles en el lenguaje que ellos entendiesen. [...]

Felipe F. Ramos

Jue
28
Dic
2017

Evangelio del día

Octava de Navidad

Hoy celebramos: Santos Inocentes (28 de Diciembre)

“Un grito se oye en Ramá, llanto y lamentos grandes”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 1,5-2,2

Queridos hermanos: Os anunciamos el mensaje que hemos oído a Jesucristo: Dios es luz sin tiniebla alguna. Si decimos que estamos unidos a él, mientras vivimos en las tinieblas, mentimos con palabras y obras. Pero, si vivimos en la luz, lo mismo que él está en la luz, entonces estamos unidos unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia los pecados. Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y no somos sinceros. Pero, si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos mentiroso y no poseemos su palabra.

Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero, si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.

Salmo

Sal 123,2-3.4-5.7b-8 R/. Hemos salvado la vida, como un pájaro de la trampa del cazador

Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte,

cuando nos asaltaban los hombres,
nos habrían tragado vivos:
tanto ardía su ira contra nosotros. R/.

Nos habrían arrollado las aguas,
llegándonos el torrente hasta el cuello;
nos habrían llegado hasta el cuello
las aguas espumantes. R/.

La trampa se rompió, y escapamos.
Nuestro auxilio es el nombre del Señor,
que hizo el cielo y la tierra. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 2,13-18

Cuando se marcharon los magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: "Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo." José se levantó, cogió al niño y a su madre, de noche, se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes. Así se cumplió lo que dijo el Señor por el profeta: "Llamé a mi hijo, para que saliera de Egipto." Al verse burlado por los magos, Herodes montó en cólera y mandó matar a todos los niños de dos años para abajo, en Belén y sus alrededores, calculando el tiempo por lo que había averiguado de los magos. Entonces se cumplió el oráculo del profeta Jeremías: "Un grito se oye en Ramá, llanto y lamentos grandes; es Raquel que llora por sus hijos, y rehúsa el consuelo, porque ya no viven".

Reflexión del Evangelio de hoy

Mandó matar a todos los niños de dos años para abajo

Lo primero que sobresale en la fiesta de hoy es la muerte injusta de estos niños inocentes. No habían hecho nada malo y Herodes que quería matar a Jesús, al verse engañado por los Magos, decide matar a todos los niños menores de dos años de Belén y alrededores. Nuestro corazón se revuelve contra esta profunda injusticia. Como se revuelve contra tantas muertes injustas de tantos inocentes a lo largo de la historia de la humanidad a manos de hombres injustos. Entre ellas la de Jesús de Nazaret, nuestro Maestro y Señor.

Quizás la segunda reacción sea preguntarnos qué pasa con los injustos homicidas, y tantos otros, que no han recibido ningún castigo ante su injusto comportamiento. Porque nuestro corazón no queda satisfecho con que triunfe la injusticia sobre la justicia.

Curiosamente la liturgia de este día nos habla del gran perdonador que es nuestro Padre Dios. "Si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo nos perdonará los pecados y nos lavará los delitos" y nos recuerda que tenemos el mejor abogado posible, que nos defenderá ante el Padre, Jesucristo, el Justo. Por este pasaje y por tantos otros del evangelio, queda claro que si nos arrepentimos y pedimos perdón de corazón a nuestro Padre Dios, siempre nos va a perdonar por muy fuerte que sea el mal que hayamos hecho.

Nos seguimos preguntando. ¿Qué sucede con Herodes y con todos los que en la tierra han cometido y siguen cometiendo profundas injusticias contra sus hermanos y... no se han arrepentido de ello, y no han pedido perdón a sus ofendidos, ni a Dios nuestro Padre? Nuestra religión nos habla del purgatorio y del infierno. Dejamos a Dios y a nuestro abogado Jesucristo que diriman estas cuestiones, que hemos expuesto en el día de la muerte de los niños inocentes. Nuestro destino último está en buenas manos.



Fray Manuel Santos Sánchez
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Santos Inocentes

Mateo (2, 16-18), dentro del evangelio de la infancia de Jesús y con el estilo midrásico que caracteriza a los dos primeros capítulos de este Evangelio, refiere la muerte de los niños inocentes de Belén. Fue una consecuencia de la actitud de los magos de Oriente que, avisados en sueños, regresaron a su patria sin volver a Jerusalén conforme a la indicación que les había hecho Herodes. Éste, al verse defraudado, con la intención de hacer morir al nacido «Rey de los judíos», da orden de matar a todos los niños inferiores a dos años en Belén y su comarca.

La actitud de Herodes

No tenemos constancia de este episodio en las fuentes históricas extrabíblicas, que sólo refiere, entre los evangelistas, San Mateo. Pero sí de los numerosos y horribles crímenes llevados a cabo por Herodes, ante los cuales sería de menor relevancia la muerte de los niños de Belén. Según el testimonio del historiador judío Flavio Josefo, hizo matar a las siguientes personas: a su yerno José; a Salomé; a Hircano II, sumo sacerdote; a Mariamme, asmonea, su mujer, a quien amaba extraordinariamente; a Aristóbulo, hermano de ésta; a Alejandra, hermana de éstos; a sus propios hijos, Alejandro, Aristóbulo y Antípatro (a éste, cinco días antes de su muerte); a Kostobaro, noble idumeo; a otra mujer llamada Salomé; a Bagoas y a todos los siervos que habían concebido esperanzas mesiánicas. Hizo encerrar en el anfiteatro de Jericó a todos los personajes importantes de la ciudad, dando orden de que fuesen muertos a flechazos el día de su muerte (lo que no se cumplió) (cf. Antq. XVII, 1, 1; 2, 4; 3, 3. De bello jud., 28, 6; 29, 1).

Macrobio (siglo V) recuerda las palabras de Augusto al saber que Herodes había mandado matar a su propio hijo: «Vale más ser el cerdo (hys) de Herodes que su hijo (huión)» (advierte que los judíos no comían carne de cerdo). J. Klausner, judío, profesor de la Universidad hebrea de Jerusalén, caracteriza la historia de Herodes como una historia de «matanzas, confiscación de propiedades, duros tributos y desprecio de la Ley... Gota a gota Herodes drenó la sangre de los judíos durante los treinta y tres años de su gobierno. Raramente pasaba un día sin que alguien fuese ajusticiado» (Jesús de Nazaret. Su vida, tiempos y enseñanza. Buenos Aires, Edic. Paidós, p. 144). Podemos concluir que «Herodes es el prototipo de todos los opresores que asesinan sólo por miedo a perder un ápice de poder. En los inocentes de Belén vemos una realidad que siglo tras siglo, década tras década, empaña la historia de la humanidad y se torna en rostros concretos, independientes de las razas o religiones... Los santos inocentes están vivos hoy y siguen mostrándonos sus rostros perseguidos» (P. I. Fraile Yécora).

La Iglesia venera a los Santos Inocentes como los primeros mártires que tuvieron que derramar su sangre a causa de Cristo. Dice San Agustín que con razón pueden considerarse como las primicias de los mártires los que, como tiernos brotes, se helaron al primer soplo de la «persecución», ya que perdieron su vida no sólo por Cristo, sino en lugar de Cristo (cf. De Sanctis. Sermo CCXX. PL 39. 2152). Los santos padres celebran su martirio con grandes alabanzas.

Su celebración litúrgica estuvo unida en el siglo IV con la fiesta del nacimiento de Cristo. En Occidente en el siglo V se asocia también a la de la Epifanía del Señor. Parece fue en ese siglo cuando se instituyó una conmemoración propia de los santos inocentes. En Roma y África se fijó como fecha de tal celebración el 28 de diciembre y en la liturgia morárase el día 6 de enero.

Gabriel Pérez Rodríguez

Vie
29 Dic
2017

Evangelio del día

Octava de Navidad

“Luz para alumbrar a las naciones”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2,3-11:

Queridos hermanos: En esto sabemos que conocemos a Jesús: en que guardamos sus mandamientos. Quien dice: "Yo le conozco", y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud. En esto conocemos que estamos en él. Quien dice que permanece en él debe vivir como vivió él.

Queridos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que tenéis desde el principio. Este mandamiento antiguo es la palabra que habéis escuchado. Y, sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo -lo cual es verdadero en él y en vosotros-, pues las tinieblas pasan, y la luz verdadera brilla ya. Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos.

Salmo

Sal 95,1-2a.2b-3.5b-6 R/. Alégrese el cielo, goce la tierra

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su nombre. R/.

Proclamad día tras día su victoria.
Contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones. R/.

El Señor ha hecho el cielo;
honor y majestad lo preceden,
fuerza y esplendor están en su templo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2,22-35

Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones.» Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.»

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño.

Simeón los bendijo, diciendo a María su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Quien ama a su hermano permanece en la luz

Incurrimos los cristianos en un craso error evangelizador cuando nos centramos, en exclusiva casi, en no pecar como lo sustantivo de nuestra condición de seguidores de Jesús de Nazaret. Ser cristiano es algo más que huir del pecado; es dejar que el Dios de Jesús se asiente en nuestro corazón para así vivir según su voluntad, que es lo mismo que amar a los hermanos como el Maestro nos ha amado. Esa, y no otra, es nuestra Ley, a la que debemos no solo respeto, sino recepción en nuestro corazón y consecuente cumplimiento servicial. Está a nuestro alcance el conocer a Dios, acción muy lejana de un gesto intelectual, porque por la fuerza del Espíritu está a nuestro alcance vivir según su voluntad, traducir en hechos de cercanía fraterna nuestra fe en Él. El amor servicial es nuestro mejor saber y hacer, lo que nos permite disfrutar de la luz que el Espíritu nunca niega a los que buscan su verdad. No hacemos nada extraño, sino seguir la pauta de Jesús de Nazaret que, de este modo, se convierte en nuestro referente y ley. Por eso, la novedad de nuestro mandamiento no es tanto amar a Dios y al prójimo como desde el Decálogo se nos recuerda, sino hacerlo tal y como lo desarrolló Jesús de Nazaret, que supo conjugar sin límites el mucho amor que Dios nos tiene a todos y en todo momento. Hasta dar la vida por nosotros. Por eso el amor de Dios en nuestros corazones es el motor que mantiene la luz del Pueblo de Dios vida en todo momento.

Luz para alumbrar a las naciones

Escena con la que Lucas cierra esta historia de una familia fiel, que en la mentalidad judía se expresaba en el exacto cumplimiento de la ley del Señor. Más allá de la imagen de normalidad, el texto anota que el niño aquí presentado va a ser, por fortuna, muy distinto a los demás, indica un amanecer de esperanza. Y en el Templo de Jerusalén, donde Simeón y Ana desgranaban su servicio religioso y su esperanza mesiánica. Porque es de esperanza de lo que nos habla esta hermosa escena. Gracias a esta esperanza el anciano Simeón ve la luz para su pueblo y para todo el mundo mientras sirve al Templo. Porque el niño aquí presentado será el que dé categoría de Templo a toda criatura abierta a la luz de la vida que su Palabra compasiva nos trasmite. Un texto trufado de gratitud a Dios que señala a Jesús de Nazaret como la necesaria luz que surge en Israel para alumbrar a todos los pueblos y gentes. El breve canto del anciano Simeón al conocer a este niño, *luz de las naciones*, celebra el amor de Dios, siempre fiel, siempre promesa cumplida, y viene a decirnos que necesita esta luz nueva porque espera y ama a Dios, el dador de la vida. Este niño viene para salvarnos y su presencia entre nosotros en el templo es la luz encendida para dar vida y alumbrar a todos sin excepción.

¿Preocupa a la comunidad su clima fraterno y su necesaria proyección al exterior en clave servicial, y no solo en fidelidad doctrinal?



Fr. Jesús Duque O.P.
Convento de Santo Domingo de Scala-Coeli (Córdoba)

Sáb

30
Dic

2017

Evangelio del día

Octava de Navidad

“Permanecer para siempre”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2,12-17:

Os escribo a vosotros, hijos míos, porque se os han perdonado vuestros pecados por su nombre. Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al Maligno. Os he escrito a vosotros, hijos míos, porque conocéis al Padre. Os he escrito, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, los jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno. No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él el amor del Padre. Porque lo que hay en el mundo –las pasiones del hombre terreno, y la codicia de los ojos, y la arrogancia del dinero–, eso no procede del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa, con sus pasiones. Pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

Salmo

Sal 95,7-8a.8b-9.10 R/. Alégrese el cielo, goce la tierra

Familias de los pueblos, aclamad al Señor,
aclamad la gloria y el poder del Señor,
aclamad la gloria del nombre del Señor. R/.

Entrad en sus atrios trayéndole ofrendas,
postraos ante el Señor en el atrio sagrado,
tiemble en su presencia la tierra toda. R/.

Decid a los pueblos: «El Señor es rey,
él afianzó el orbe, y no se moverá;
él gobierna a los pueblos rectamente.» R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2,36-40

En aquel tiempo, había una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana; de jovencita había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén. Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

Reflexión del Evangelio de hoy

Os escribo jóvenes, porque sois fuertes

Vivimos en los tiempos de lo que se ha llamado generación selfie, generación ni-ni, sociedad líquida, etc. Sin embargo, la lectura que hoy nos propone la liturgia, en medio del ciclo de la Navidad y a punto de acabar el año, nos habla de unos jóvenes fuertes, decididos, que no tienen miedo de enfrentarse al Maligno.

San Juan no se anda con rodeos, llama a las cosas por su nombre, como les gusta a los jóvenes de hoy, que aunque pertenezcan a esta generación nativa digital, no por eso dejan de movilizarse ante la verdad, la belleza y la bondad, y son generosos en la entrega cuando se les propone la Vida, el camino verdadero.

Por eso, esta lectura se dirige a todos los jóvenes de hoy, a todos los hijos, a todos los que estamos en el mundo y tratamos de luchar para no dejarnos atrapar por las seducciones que vienen del mundo y que, por otro lado, son las mismas ayer y hoy: los apetitos desordenados, la codicia de los ojos, y el afán de la grandeza humana.

¡Cuántas energías gastamos tras los placeres fatuos, tras el afán de poder o de tener! Hoy vivimos esta trampa del último modelo, lo acabas de comprar y ya está desactualizado....

Jesús desde el pesebre nos invita a volver a lo esencial, lo austero, lo necesario y dejar de lado lo superficial y vano que nos llena los ojos pero no el corazón.

Hablaba a todos del niño

El evangelio de hoy se puede dividir en dos pequeñas partes: por un lado el testimonio de la profetisa Ana y por otro la vida oculta de Jesús.

De la profetisa Ana, un personaje tan entrañable y simpático, llama la atención su riqueza de años y su vida oración. Es el segundo testimonio que pone el evangelista para autenticar el hecho del nacimiento del Niño, ya que según la ley judía hacían falta dos testigos:

uno es Simeón, la otra, Ana.

Ana hablaba del niño a todos. En esta sociedad que ha convertido la Navidad en producto de consumo, nadie habla del niño. Hay luces, regalos, fiesta, nieve, estrellitas..., pero, ¿dónde está el Niño? No podemos olvidar que la Navidad es la celebración de la Natividad de Jesús y no otra cosa. Los que no creen, o no quieren admitir esto, ¿qué celebran?

Por otro lado, el evangelista nos resume en dos versículos la vida oculta de Jesús en Nazaret. Lo poco que se dice nos ayuda a comprender y penetrar el ambiente en que vivía el Señor Jesús, junto a María y José. Una pequeña comunidad totalmente abierta a la voluntad del Padre, donde el favor de Dios estaba continuamente presente.

Es una sencilla pero profunda invitación a vivir nuestra vida cotidiana, la de todos los días, con un espíritu confiado en Dios, con una obediencia cordial a su voluntad, dejando que la gracia nos vaya transformando poco a poco.



MM. Dominicás
Monasterio de Sta. Ana (Murcia)

El día **31 de Diciembre de 2017** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).